MANUEL ALONSO ALCALDE

# MIRANDO AL OTRO ALLI

ADONAIS

455
EDICIONES RIALP, S. A.
Madrid

## *MANUEL ALONSO ALCALDE*

*Natural de Valladolid, donde, a los catorce años, se inició en la vida literaria. A los dieciocho fue publicado su primer libro:* Los mineros celestiales *(Ediciones Arbor, Pamplona). Fue uno de los fundadores, junto con Luis López Anglada y Arcadio Pardo, de la revista Halcón, una de las más importantes del período de posguerra. En 1949 se traslada a Ceuta, en la que habría de residir durante veinte años, filiación adoptiva por la que se le ha otorgado recientemente la Medalla de Plata de la Ciudad. Vive en Madrid desde 1970.*

*La obra poética de Alonso Alcalde consta de numerosos títulos. Medio centenar de galardones la han distinguido (entre ellos cabe citar los premios* Marruecos, República Dominicana y Alforjas para la poesía), *a los que se añaden los que obtuvo por su quehacer de narrador* (Novela corta del Ateneo de Valladolid, Sésamo, Gabriel Miró, Hucha de Plata, *en nueve ocasiones,* y Hucha de Oro); *y como autor de teatro:* Lope de Vega, Ciudad de Montevideo, Ciudad de Barcelona, Ateneo de Madrid, *etc.*

*En el* Premio Adonais *de 1943 fue objeto de una mención.* Manuel Alonso Alcalde, poeta, narrador y dramaturgo *(Colección de Autores Vallisoletanos*

# MIRANDO AL OTRO ALLI

INDUSTRIAS GRÁFICAS ESPAÑA, S. L. - Cmte. Zorita, 48 - 28020 MADRID

MANUEL ALONSO ALCALDE

# MIRANDO AL OTRO ALLI

ADONAIS
455
EDICIONES RIALP, S. A.
Madrid

DE improviso,
como un golpe de viento que al doblar una esquina
nos arrebata de un aletazo el alma
y la lleva rodando, calle adelante, sin esperanza de
volver a encontrarla;
o como quien se asoma a una terraza a mirar las
estrellas,
cansado del estúpido olor que emana de los escotes y
las trompetas con sordina en un baile,
y al contemplar la hermosa lejanía de las Pléyades,
o la nebulosa de Orión, suspendida como un poco de
humo en el aire parado de la noche,
descubre de repente que la marea de astros,
con su inmenso oleaje, con su rumor de eternidad, no
deja
—tal la rompiente un grito—

oír los tristes alaridos del *rock,* frenéticos de puro
desamparo;
así, súbitamente,
cuando menos se espera, como digo, caemos
—un segundo, no más— en un vacío
abisal, profundísimo,
un vacío sin término
como una escalera de caracol que nunca termina de
rizar el rizo,
y nos conduce dentro, cada vez más dentro de
nosotros mismos,
cada vez más al fondo de nuestro propio asco,
igual que en una pesadilla, una noche cualquiera,
aprendemos de pronto lo que puede ser el
interminable descenso a la muerte.
Y es en esos relámpagos que, a veces,
llegamos a tocar la roca viva del absurdo,
la raíz de nuestro continuo preguntarnos qué
hacemos aquí, sobre la Tierra,
esperando no se sabe qué luz inevitable;
venidos de la Nada; caídos en el tiempo; flotando
en medio de los siglos como un fruto en el agua;
asombrados, absortos de estar vivos
inexplicablemente,
sumergidos sin saber cómo en un mundo de sueño,
buscando una razón que explique, por ejemplo, la
existencia

de los espejos, la purpurina oro, los vestidos de
noche, los tacones, los guantes,
las puntas de un pañuelo de bolsillo
o los saxofones tejiendo por la pista de baile su tela
melancólica
donde el sexo se debate como una mariposita malva.
Y entonces,
después de haber gritado una vez y otra con ira y con
tristeza,
cuando nada responde,
cuando nos sentimos envueltos como por una niebla
cárdena sin contornos ni límites,
únicamente entonces,
damos por fin contigo, Padre mío, Dios mío,
como esos abejorros torpemente tenaces,
que rebotan con un sordo rumor en los cristales
cuando encuentran la luz.

# I

# ESOS HOMBRES QUE PASAN

## *DIGO TU NOMBRE*

DIGO Dios, sí; y bien claro; y, por si queda
alguna duda, Cristo, expresamente;
de esta manera: Cristo cotidiano,
Cristo inmediato, próximo,
calor de piel a piel, Cristo contiguo...
Te callé por tres veces, por diez, veinte,
setenta veces siete, en estos años,
pero ahora te me entrego y te confieso;
y de nuevo me saben
los labios a esperanza
y empiezan otra vez mis ojos a habituarse
—los de mirar al otro allí, se entiende—
al súbito relámpago que habrá de fulminarlos algún día
al trasponer el último batiente

de este sueño de puertas en que habito.
No es que antaño te huyese; te eludía,
evitaba nombrarte, designarte,
hombreando a lo tonto, como un niño.
Y escribí versos, sollocé fonéticas,
me envolví en sus azules violines,
sílabas, vidrios, rimas de colores,
visos tornasolados y cartones
de amarilla tristeza: en fin, palabras.
Ahora, por el contrario, te pronuncio;
afirmo tu certeza una vez y otra;
engarzo tu destello entre mis versos
y suelto como un pájaro en el viento
mi alegre silogismo de evidencias:
empeñó su palabra, *ergo* no puede
fallarme; así de fácil.
Y entre tanto, un poema,
un encendido resplandor de amor y endecasílabos,
éste, que tú atraviesas con tu nombre,
que planeas despacio con tu nombre;
de Oeste a Este y Norte a Sur, tu nombre;
de mi frente a mis pies, de una a otra mano,
tu nombre; de una estrella a otra, tu nombre;
de Vega a Aldebarán sólo tu nombre.
Digo tu nombre Cristo: lo tremolo,
lo escribo, lo consigno, Cristo hallado
después de tantos años de esconderme;

te condené al silencio, desde luego,
pero ahora te proclamo a voz en grito.

Ah, pero no a mis solas:
a grito entre los hombres, con los hombres,
junto a esas pobres sombras que transitan,
pasan, se alejan, gimen,
sufren, hambrean, lloran,
se llagan de injusticia y, por último, mueren,
sin haber entendido los por qués ni los cómos.
Y tu palabra ahí sigue,
en el lugar —pedreras, corazones—
donde cayó mientras la sembradura;
y entre que si germina, que si brota,
cuánto dolor inútil, cuánta sangre,
cuántas lágrimas, yugo y prepotencia,
cuánto anhelar el prometido Reino.

## *HA MUERTO UN HOMBRE*

AHORA, en algún sitio,
mientras voy escribiendo estos versos que en realidad
podrían ser un llanto por alguien,
precisamente ahora,
hay un hombre que acaba de morir; no pregunto
quién era
porque es más que probable que se trate
de un hombre sin historia, uno de tantos
como cruzan el río
sin haber revelado su secreto,
con los labios sellados
y el rostro vuelto a la pared: sencillamente, digo
que ahora, en algún sitio, ha muerto un hombre.
Es sólo una noticia.

Un hombre, en cualquier parte: tal vez en esta
calle;
quizá, por el contrario,
lejos, muy lejos, en Suráfrica, el Líbano o el Gólgota,
quién sabe;
pero el caso es que ha muerto hace un momento
y que ya, desde ahora,
nadie puede sentirse seguro por completo de estar
libre de culpa,
proclamar su inocencia
sabiendo a ciencia cierta que no ha tomado parte en
esa muerte,
ni volver a tender las palmas de sus manos
sin miedo a que la luz revele sobre ellas la sombra de
algún crimen cometido a distancia.

## *AMAOS*

SE cruzan, nos cruzamos
por las aceras: hombres
grises, que pasan; hombres,
y trajes, y corbatas;
hombres que nunca vuelven
los ojos, que caminan
obstinados, como islas
de soledad y olvido.
¿Dónde el amor? ¿Qué se hizo
(van y vienen, tropiezan,
se adelantan, se cruzan)
de tu palabra: amaos
los unos a los otros?
(Desterrados, distantes,
pasan, se encuentran, siguen:
sombras entre la niebla.)
Pero dices, repites:
*amaos.* Nadie oye.
(Hostiles, sin sonrisa,

esperanza ni rostro.)
*Amaos.* (Hombres grises,
solitarios, perdidos
en su íntimo secreto.)
¿Y el amor, Cristo nuestro?
¿Dónde, dónde, en qué tierra,
en qué sorda pizarra,
sobre qué pedregales
fue a caer su simiente?
(Pasan, pero no miran;
se cruzan; mueren solos
sin haberse mirado.)
*Amaos.* (Por las calles,
ropa con ropa, casi
mirada con mirada:
tan cercanos, tan próximos,
y en el fondo, qué lejos
entre sí, qué remotos.)
Y tú, otra vez: *amaos.*
(Apresurados, ciegos,
avanzan, pasan, huyen,
se alejan para siempre,
sin haber pronunciado
jamás *hermano* o *prójimo.*)
Y tú insistes: *amaos.*
Nos dejas, nos concedes
esa última esperanza.

## *N O*

Y se nos dijo: *amaos los unos a los otros.*
Recuerdo
—mi alma era entonces como una tierna hojita
lanceolada—
que esas palabras removían mis fondos,
se henchían, ascendían, alcanzaban mi pecho,
me subían dulcemente a la boca
como en una marea de ternura.
Pero medio siglo más tarde, esto es, ahora,
después de haber vivido cincuenta años más entre
los hombres,
supe que tus palabras,
aquéllas en las que tu corazón se apoyaba,

en las que cada noche se tendía tu corazón como en
un césped,
no eran palomas cándidas como cuando
las echaste a volar; no, ya no eran
sino granizo, fría
lluvia sobre una lámina
hostil, terca pizarra,
techo obstinado: el hombre.
Supe que tus palabras
rebotan como sordo granizo
sobre tus criaturas,
que hieres con ellas sus mejillas, les hostigas
con aquellas palabras que yo he paladeado en otros
tiempos,
con aquéllas...

## *MIRA ESE HOMBRE QUE PASA*

MIRA ese hombre que pasa, contempla su sonrisa,
hueso tenaz, almendra de su muerte;
contempla sus dientes apretados,
hostil espejo en que la sangre brilla:
porque es en ellos donde choca tu nombre cada noche,
donde cada noche rebota tu nombre como un terco abejorro.
Escucha, Cristo nuestro:
esa pelada sonrisa que en la sombra se enciende
pronuncia, sin saberlo, tu nombre cada noche,
lo musita, ignorándolo.
Y tu dormido campo se bebe sus susurros como un agua tranquila,
y sus palabras interiores te hacen sonreír cada noche
y tender hacia ellas cada noche tu mano.

## *TU RASTRO*

TU rastro está ahí: podemos
seguirlo, recorrerlo
como un largo reguero de sangre goteada;
andarlo paso a paso,
caminar detrás de él hasta el barrio de Harlem,
verbigracia,
o ir, huella sobre huella, a parar a las tristes esquinas
de Pigalle.
Que Tu rastro nos lleva
por todas las aceras, por todas las ciudades por
donde Tú has pasado,
por todos los calvarios
donde cada mañana, con las primeras luces,
se descubre colgado de una cruz algún nuevo
cadáver insepulto,
que, sin embargo, ha de seguir viviendo;
nos lleva hasta unos hombres que mueren cada día
—una vez cada día—
sin llegar a saber lo que es oír *hermano*
ni haber probado nunca la miel de la esperanza.

Tu sangre, por las calles caída trecho a trecho,
atravesando
como una senda el mundo,
cruzando por el medio arrabales y fábricas,
salpicando portales
sin placa,
callejones sin luz,
tumbas sin lápida,
coches celulares, sirenas
de ambulancia, habitaciones
alumbradas con quince vatios, sacos
terreros y alambradas,
nos guía, nos conduce
al lado de unos hombres sin nombre ni apellidos
que van agonizando minuto tras minuto sesenta o
setenta años,
sin sospechar siquiera
que Tú estabas con ellos, que eras de ellos,
que ibas por la calle, como ellos, con la ropa
gastada y el alma desteñida,
entrabas en montón, junto a ellos, al taller o la
cárcel,
cobrabas, igual que ellos, tu melancólica pensión de
jubilado,
o, como ellos, aburrido de todo,
un buen día te dejabas morir de una vez sin volver la
mirada
ni cambiar de postura.

## *ASCENSION*

A contraluz subías; lentamente
ibas subiendo a contraluz; subías
milímetro a milímetro como una
mazorca de maíz, doradamente,
y Tu corporeidad, al remontarse,
resbalaba su sombra por los rostros
de los que habían ido a despedirte.
Eran las ocho en punto de la tarde,
justo empezando a anochecer. Subías
despacio retrasando los adioses
últimos; ascendías gota a gota
lo mismo que la savia por las vides.
Porque era triste abandonarlos ahora,

precisamente ahora, en que empezaban
a apagarse las luces de las fábricas
y pasear las farolas las troteras.
Tú hacia lo alto, colgado por los hombros
de la barquilla de Tu globo de oro,
y ellos allí, en la calle, en las aceras.
Eran los mismos, los de siempre. Y tristes:
parados, solitarios, emigrantes,
afligidos, enfermos —los de siempre—,
viendo Tu remontar irremediable.
Los de siempre, los Tuyos, contemplando
Tu aletear arriba y, en la peña,
Tus zapatos de plástico, Tu ropa
cansada hecha un rebujo. Que te ibas
y ellos, viendo y allí, sin comprenderlo,
con miedo, como niños, de la vida.
Y dicen: *¡vuelve!*, y sigues; y repiten:
*¡vuelve!*, y, como una piedra en un estanque,
la tarde, en ondas, por Tu frente abierta,
se cierra sin respuesta para siempre.

## *ISLA*

ESTO te ofrezco, hermano, en el nombre de Cristo,
quien seas, cerca o lejos, aquí o allá, te sobren
o no razones para odiarme:
una mano tendida,
como una playa, como un dorado litoral que se
anuncia,
leve, en el horizonte:
cuadrada isla, casi perdida en la distancia última
del corazón, allí donde la sangre acaba,
donde el amor comienza.
Desnuda, sin paisajes ni bosques, recorrida
por el rumor alterno
del pulso como el mar, como el reflujo

del mar innumerable
y surtida, de pronto, como un *atoll,* filtrado
de esponjas y corales, ve: mi isla.
Apenas, en los mapas, un punto, un tenue vértice
—casi como el encuentro de dos venas—,
la intersección de sus coordenadas
azules.
Por el Norte
limita con mi nombre, con mis años,
con mi orfandad cerrada y obstinada,
mi soledad de hombre; por el Sur, la ternura,
una arena suavísima
sobre la que tenderse con el pecho en la tierra,
mientras bate la sangre y se regolfa
igual que las mareas; al Este,
la esperanza y su pájaro de oro,
aleteando siempre como el ápice
de un álamo; al Oeste,
la melancólica certeza de ser todos humanos,
todos carne de muerte, y la alegría
de sabernos exentos, manumisos,
por la Verdad y la Palabra.
Así, envuelta en sus límites,
a tu encuentro, mi isla, su escollera
de amor, cálido hueco,
axila de paloma.

# II

# LAS COSAS SON ASI

## *CADA COSA EN SU SITIO*

PORQUE así estaba escrito y Cristo murió joven,
hoy llora en algún sitio una viuda reciente
y es incluso posible que en este mismo instante
a alguien le haya llegado una orden de desahucio.

Y también que un minero no vuelva hoy a su casa
porque lo entierre un árbol de hace un millón de
años,
y que haya un niño triste que no juegue a las bolas
desde que el chocolate ya no es cosa de chicos.

Sencillamente ocurren cosas así a diario,
que las lágrimas suban de valor en la lonja,
que alguien venda los ojos a cambio de un trabajo
u otro hurgue entre bolsas de basura en la noche.

Mientras todo esté en orden, si alguien viste de
luto,
no se caerán por ello los calendarios nuevos:
sólo si una escopeta recortada fulgura
hablarán los periódicos de lo que hoy ha ocurrido.

## *LAS COSAS ESTAN BIEN*

YA el pan no sabe a tierra braceada con las manos
ni el filo de la azada se imprime en su corteza
ni está escrita debajo la esquela mortuoria
de un segador gallego que no volvió a su casa.

Porque sólo en los roscos de Reyes hay sorpresa,
y uno no va a encontrarse en bollos y pastitas
los dedos que no siega la hoz ya con las espigas
ni el sol que ya no aplasta las testas de los bueyes.

Las manos ya no huelen al mango de la pala
ni rastrea la reja el corazón del mundo,
sin que por eso haya de ser negra la harina
ni deba el pan abrírsenos como un pecho de
enfermo.

Pero, en cambio, es posible, que hoy quede en
algún parque
un chico de veinte años muerto de sobredosis,
mientras un travestido apaga ante el espejo
ese neón tristísimo instalado en sus dientes.

Pero, en cambio, es posible que hoy brille una
navaja
y algún juez se despierte en la cama gritando,
mientras hombres sin rostro navegan las esquinas
de la ciudad vacía, llena de soledades.

Hay luces sicodélicas en *pubs* y discotecas,
pero a nadie le importa que se hunda una traíña;
ruedan por los portales jeringuillas y gomas,
pero a nadie le importa si una ambulancia ulula.

Pero a nadie le importa que Cristo siga vivo
y acuda, como entonces, a la carpintería,
ya que hay gente que cree que eso del Evangelio
lo voló con la historia la bomba de Hiroshima.

## *ELLOS*

ESTAIS solos, sabedlo. Cristo y vosotros: solos,
desahuciados, lejanos, exilados, huidos,
hombres de un mundo niebla sin luz ni saxofones
donde sólo florecen la albahaca y la tristeza.

Hombres que cada día, selváticos y antiguos,
se llevan a mordiscos su rebojo de vida,
mientras oyen en sueños caer sobre el tejado,
lloviendo mansamente las Bienaventuranzas.

De una parte vosotros y de otra los poetas,
dándosenos en versos de cansada retórica,
para que comulguemos sus falsas primaveras,
sus muchachas desnudas y sus parques burgueses.

Que, aunque otra cosa digan, ellos no te conocen,
ni te han mirado nunca, ni han dormido a tu lado,
ni saben cómo hueles, de qué forma masticas,
de qué manera bebes el vino por los bancos.

Mienten cuando te dicen que te han visto una tarde
en aquel barrio límite, de chabolas y campo,
mienten desde sus mesas de mármol, asomados
a una calle con coches, semáforos y guardias.

Y si hablan de ti a veces desde su mundo aséptico,
no dejas de sentirte por eso menos solo,
porque ellos no comprenden que a los subarrendados
les importe un pepino saber quién fue Neruda.

Que si hay una esperanza, no ha de ser un poema,
no un violín meciendo tu insacidad de siglos;
que importan unas rimas o un Parlamento cuando
se te vuelve la espalda como si no existieses.

Que si hay una esperanza eres tú, Cristo suyo,
caminando con ellos suburbios y desmontes,
no con nosotros, gente de otra casta, que fuimos
siglo a siglo privándoles de su pan y su Cristo.

# III

# TAMBIEN VISTIO DE LUTO LA ESPERANZA

## *SALUTACION*

*Eva, primera mortal...*

(CHARLES PÉGUY)

PERO tú
primera
inmortal:
María,
hija de Ana,
mujer del pueblo,
María Pérez,
o María Rodríguez,
o señora María
—su ropa de muchacha
guardada en el arcón
entre membrillos—;
sin reloj,
envejeciendo
día tras día, fuera
del tiempo, al margen
del tiempo
—la colada,

la costura,
el anafe—,
pero con las entrañas
palpitando aún del parto
que te aferra a nosotros
con raíces
de sangre,
como un hermoso río
nacido de ti misma,
que te inunda,
recorre;
que se te ramifica
en afluentes de gozo
y llega hasta tus sienes,
donde late en venillas
azules,
delicadas
como los filamentos
de una lámpara eléctrica;
María Pérez,
Rodríguez,
Sánchez,
María Cualquiera,
primera inmortal:
yo te saludo,
mujer del pueblo,
anciana

—mi madre,
por ejemplo—,
reina de los zaguanes
en su sillita
baja,
contando a las vecinas
una vez y otra
—siempre
con las mismas
palabras,—
la historia
de su hijo,
como mi madre cuenta
mis pequeñas hazañas
desde niño hasta hoy;
hablando a las vecinas
del ángel
y la estrella,
hablando de su hijo,
sin comprender el puro
milagro de su vida;
hablando del recuerdo
de Nazaret,
ya con un melancólico
moho, de tan antiguo,
pero ungido aún de aroma
a resina y madera,

resonando a garlopa,
mullido de virutas;
hablando de los años
que pasaste esperando
la vuelta
del muchacho,
mientras él recorría
con un grupo de amigos
caseríos y aldeas,
anunciando
la venida
del Reino,
con palabras que nunca
—mujeruca de pueblo—
llegaste a comprender;
perdida
por la casa
con tus mechones
grises,
esperando
su vuelta,
viuda,
enlutada,
sola;
perdiendo horquillas,
años,
por la casa; cuidando

las macetas,
la ropa,
los vasares,
tu pena;
contando la mañana
del triunfo a las vecinas,
cuando creíste que eras
madre de un rey; contando
la Cruz, la muerte, el grito
final; contando el día,
después de amortajarlo
con perfumes
y besos,
en que ya lo perdiste
definitivamente,
vieja,
muy vieja,
con tu velo,
tus medias,
tus zapatillas
negras,
tus manos
con frieras
y
grietas,
sentada,
acurrucada

sobre la misma
lápida,
preguntando a la gente,
plañiendo,
preguntando,
dónde estaba su cuerpo,
sin querer separarte
del sepulcro
vacío,
cubriéndolo de velas
y crisantemos, sola,
desamparada,
huérfana.
Así,
María,
mujer del pueblo,
María Pérez,
o Rodríguez,
o Sánchez,
te siento yo más próxima,
más a mi alcance, y puedo
besarte en las mejillas,
y hasta subirte en alto,
cogida por el talle,
y llamarte mi vieja
como a mi propia
madre.

# IV

# DESDE AQUI ABAJO

## *SONETOS DE ESPERAR SU NACIMIENTO*

*Alzad los ramos...*

(LOPE DE VEGA)

1

NAZ, naz, Jesús, te esperan, te esperamos,
porque, sin Ti, aquí abajo nada tiene
sentido, porque el mundo se nos viene
encima, porque te necesitamos.

Todo está a punto, el bálago, los ramos,
el amor que los alza y los sostiene
y hasta esa nueva estrella que nos viene
del deseo de luz en que habitamos.

¿No oyes un palpitar de corazones
que suenan a zambomba y pandereta
cuando realmente son angustia y fiebre?

¿Y no nos ves, en las inmediaciones
de este portal con la mirada quieta
en la paja vacía del pesebre?

2

SI has querido venir a esta lejana
Tierra nuestra y bajar desde tu altura
de Creador a hacerte criatura
y compartir nuestra indigencia humana;

a vagar de la noche a la mañana
metido en esta pobre encarnadura
viendo cómo la muerte es menos dura
que esa otra oscura muerte cotidiana;

a comprobar que ese dolor que asumes
es el mismo que esconden cada día
los hombres entre modas y perfumes,

ven, niño Dios, que así tendrá sentido
lo que hasta nacer Tú no lo tenía:
la soledad, la muerte y el olvido.

## y 3

¿QUÉ lógica, sin Ti, para esta nada
perpetrada de absurdos, para esta
incesante pregunta sin respuesta,
para esta cerrazón desaforada?

¿Qué indagaciones las de la mirada,
si al final todo lo que nos contesta
es que la vida nos ha sido impuesta
y la muerte exigida y obligada?

La única explicación, Tú, y si no vienes
transcurriría la existencia entera
sin encontrarle su por qué a ninguna:

¡naz ya, niño Jesús, que aquí nos tienes,
pendientes del milagro y en espera
de que el pesebre se convierta en cuna!

## *HOMBREDAD*

¡A qué distancia cuando te pensaba
únicamente Dios, qué inaccesible!
Te concebí volcán inextinguible
iluminando al mundo con su lava;

o borbotón de sol que me cegaba,
que me aplastaba con su luz terrible;
o nova en eclosión; o inasequible
rayo de eternidad que fulminaba.

Pero al verte a mi lado, con la cara
de un hombre, con el ceño y la figura
de un hombre, ¡todo fue tan diferente!

¡Qué neta tu presencia, así! ¡Qué clara!
¡Dios convertido en lágrima y ternura!
¡Hecho a nuestra medida exactamente!

## *PARAISO*

ME habían enseñado un paraíso
con ángeles azules, con violines;
un paraíso de lirios y jazmines
que mullían la alfombra de su piso.

¡Llegué a reconstruirlo tan preciso
que aún veo, entre una fronda de jardines,
el paraninfo de los serafines
con túnicas y alas como friso!

Bóveda de cristal y teología,
bajo una luz helada, neta, cruda,
de quirófano. Así lo fui soñando.

Y es que entonces —¡qué niño!— no caía
en que, al decir *amaos*, ya no hay duda:
el paraíso empieza aquí. Y amando.

## *PROXIMIDAD*

¿MIRAR hacia qué punto para verte?
¿Hacia quién, si intentaba sonreírte?
¿Dónde tender la mano para asirte?
¿En qué banco, en qué esquina retenerte?

¿Bajo qué teofanía sorprenderte?
¿Entre qué silogismos descubrirte?
¿Qué ademanes, qué gestos dirigirte?
¿Con qué palabra hablarte y responderte?

¡Si te creería lejos que aún levanto
—un reflejo de entonces— la mirada
hacia lo alto, al pronunciar tu nombre!

¡Cuando estabas ahí mismo, en cada llanto,
en cada voz que te llamaba, en cada
dolor, en cada rostro, en cada hombre!

## *ANTE EL CUADRO DE* LA SANTA FAZ, *DE ROUAULT*

ESOS ojos que escrutan desde su angustia humana,
desde esta orilla nuestra donde se han instalado;
esos ojos que otean detrás de una ventana
con estupor inmóvil, con asombro espantado;

esos ojos abiertos a la pena del mundo,
esos ojos tenaces que nunca parpadean,
esos ojos sin lágrimas, bajo un ceño profundo,
que se clavan, que indagan, que insisten, que marean;

esos ojos redondos, terriblemente quietos,
sin un solo destello de pasados Tabores:
pupilas obstinadas que vislumbran secretos,
que desvelan tristezas que descubren dolores;

esos ojos que miran desde la sepultura,
desde la Cruz, la sangre, la soledad, la muerte,
que columbran con ansia, con afán, con ternura,
fijos, como ebonitas, en su silencio inerte,

lo han aprendido todo a fuerza de mirarnos,
la agonía del hombre y su inútil estruendo;
por eso su mirada quisiera taladrarnos,
decir que El también sabe lo que es estar muriendo.

Observan con sorpresa, compadecen y callan
—*hijo mío, la muerte se mira y no se toca*—:
desde el lienzo contemplan, acechan, atalayan,
porque ya no le quedan palabras en la boca.

El querría decirnos: *Te comprendo, hermanito.*
*Yo también, ayer tarde, traspasé la frontera;*
y al no poder hablarnos, sus ojos son su grito,
susurrado en silencio para un hombre cualquiera.

Ese rostro de Cristo no enseña teología,
sino la pena seca, la que no vierte llanto:
si pudiera llorarnos sé cómo lloraría;
ya veis, sobre sus ojos se ha cuajado el espanto.

## *TENEMOS TU PALABRA*

SIN Ti en el horizonte, ¿qué sería la vida,
que este sueño de locos, este afán, este ruido?
Tantear en la calima buscando una salida
en esta galería donde nos han metido.

Verse vivos, caídos como un fruto en el río,
empujados, llevados sin saber hacia dónde;
gritar a voz en cuello; radiar en el vacío
un largo S.O.S. al que nadie responde.

¡Oh, si Tú no estuvieras, Cristo nuestro,
esperando,
si no fueses la única certeza inevitable!
¿Qué sería la vida, preguntar cómo y cuándo?
¿Inventarse razones para lo inexplicable?

Pero estás, te sabemos, y así todo es distinto,
y podemos llamarnos hermanos en el gozo;
la esperanza es un mágico, un radiante recinto;
tu promesa, una fuente segura de alborozo.

Porque Tú nos dijiste —¿recuerdas, Cristo
nuestro?—:
*soy la Resurrección, el Camino, la Vida.*
Y en ello estamos, Cristo, Hijo de Dios, Maestro:
en esas condiciones comenzó la partida.

Ya no puedes fallarnos: tenemos tu palabra;
ella nos acompaña, con ella nos despiertas
y ella ha de ser, ya sabes, la mano que nos abra
el picaporte último de este sueño de puertas.

## *PERO EN EL HORIZONTE ESTA SU LUZ*

I

¿A qué ir designando cada día,
cosa por cosa, la creación entera,
si la voz es un ala pasajera,
una pavesa, en vuelo, que se enfría?

¿Para qué tanta luz, tanta alegría,
si hay una esquina en que la muerte espera?
¿Por qué mirar con párpados de cera
si la muerte los funde o los vacía?

Que somos como árboles alzados
en medio de una sombra despiadada,
y como ellos nacemos destinados

a que una hoja de sierra, de improviso,
nos hienda, nos derribe, y sea nada
lo que ser todo entre unas sombras quiso.

## II

Sí, por ejemplo, digo *chopo,* digo
sólo mi chopo, no el que veis vosotros;
si digo *trigo,* sé que hablo de otros
trigales, pero no de vuestro trigo.

Así que con palabras no consigo
jamás llegar del todo hasta vosotros,
y si hay siempre un vacío entre nosotros,
¿qué hacer, decid, si no seguir conmigo?

Tiendo prosodias, puentes, a los hombres
para saltar a la otra orilla, para
poder vivir, morir en compañía;

mas no pronuncio más que sombras, nombres;
un muro de silencio nos separa:
lengua de soledad llamo a la mía.

## III

## *CON JORGE MANRIQUE ANTE UN SEMAFORO*

QUE al final todo acaba —o todo empieza—
en la perplejidad ante una esquina
que un semáforo en ámbar ilumina
con una antigua y espectral tristeza;

o en el agua que encauza su pereza
planicie abajo y en el mar termina;
o en ese hombre cualquiera que adivina
que nunca sabrá nada con certeza.

Y todo porque aquí te me has sentado,
Jorge Manrique, y como yo te encuentras
absorto ante ese río que se pierde:

un *flash* de eternidad nos ha cegado;
no fue más que un segundo, sólo mientras
se encendía ahí arriba la luz verde.

## y IV

## *PERO EN EL HORIZONTE...*

¡QUÉ soledad ser hombre, haber nacido
para arrastrar por una paramera
sin horizonte el pábilo y la cera
donde una llama fabricó su nido!

¡Penumbra de farol amortecido
entre sombras de borra y arpillera,
que alguna repentina ventolera
de un aletazo apagará sin ruido!

¿Y eso es la vida, un río que resbala;
un árbol abatido; una implacable
soledad dialogándose hacia dentro;

una llama vencida por un ala?
Sí, si Tu resplandor inevitable
no hubiera de salir a nuestro encuentro.

FINAL

## *TU GRITO*

DESDE la Cruz, en alto, con un grito, diste cara a
la muerte
(un solo grito, que sepamos, a lo largo de tu vida
mortal;
una gran voz registrada con asombro por los
Evangelistas,
que acaso nunca llegaron a comprender cómo un
hombre,
a quien momentos antes habían visto morder con
ansia el último resuello,
un cuerpo agonizante,
a punto casi de soltar amarras,
casi en la orilla, casi en la frontera,
pudiera todavía blandir como una espada su clamor
victorioso):

Tu grito, proyectado
hacia los cuatro puntos cardinales,
para dar testimonio de Ti mismo,
para que nadie se llamase a engaño
y fuesen a creer que Tu verdad hiriente iba a morir
contigo, clavada y desangrada.
Ya nunca volverá a haber silencio sobre la Tierra,
nunca
paz, que ese grito Tuyo
resuena desde entonces, ensordece desde entonces el
mundo,
traspasando como un acero al rojo las edades, los
siglos.

Es inútil. Lo oímos,
seguimos escuchándolo;
inútil resistirse,
taparse las orejas con cera,
atronar las ciudades con sirenas de fábrica, bocinas,
altavoces y guitarras eléctricas,
esconder la cabeza debajo de una manta,
o caer, como en un tobogán, hasta el fondo de un
vaso de ginebra o de whisky.
Huid de este obstinado grito que irremediablemente
nos acosa;
lo mismo da: ya nadie, haga lo que haga,
podrá dejar de oírlo,
nadie encontrar la paz, dormir tranquilamente,

podar rosales o pintar de verde las ventanas de su
chalé de veraneo,
pasar los fines de semana esquiando en la Sierra
o calcular los intereses de su cuenta corriente.
Porque Tu grito está ahí, incólume, clavado
en medio de la Tierra,
hiriendo, flagelando:
Tu poderoso grito que nos despierta a altas horas de
la noche con el corazón oprimido
y nos obliga a levantar las palmas y mirar con horror
nuestras manos vacías,
a contemplar con horror ante el espejo nuestros ojos
donde todavía no ha brillado una sola vez el amor.

# INDICE

*Págs.*

PROLOGO ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 9

I

ESOS QUE PASAN

Digo Tu nombre ... ... ... ..... ... ... ... ... ... ... 15
Ha muerto un hombre ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 18
Amaos ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 20
No ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 22
Mira ese hombre que pasa ... ... ... ... ... ... ... ... 24
Tu rastro ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 25
Ascensión ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 27
Isla ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 29

II

*Págs.*

LAS COSAS SON ASI

Cada cosa en su sitio ... ... ... ... ... ... ... ... ... 33
Las cosas están bien ... ... ... ... ... ... ... ... ... 34
Ellos ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 36

III

TAMBIEN VISTIO DE LUTO LA ESPERANZA

Salutación ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 41

IV

DESDE AQUI ABAJO

Sonetos de esperar su nacimiento. I ... ... ... ... ... 49
II ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 50
III ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 51
Hombredad ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 52
Paraíso ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 53
Proximidad ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 54
Ante el cuadro de *La Santa Faz,* de Rouault ... ... 55
Tenemos Tu palabra ... ... ... ... ... ... ... ... ... 57
Pero en el horizonte está Su luz. I ... ... ... ... ... 59
II. Si, por ejemplo, digo *chopo,* digo ... ... ... ... 60
III. Con Jorge Manrique ante un semáforo ... ... ... 61
IV. Pero en el horizonte ... ... ... ... ... ... ... ... 62

FINAL

Tu grito ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 65

SUSCRIPTORES DE HONOR DE

# ADONAIS

*Ejemplar*

I. JOSE LUIS CANO.
II. ANTONIO HERRAIZ.
III. CARLOS R. SPITERI.
IV. VICENTE ALEIXANDRE.
V. MIGUEL ALVAREZ MORALES.
VI. JOSE JAVIER ALEIXANDRE.
VII. FRANCISCO J. FERNANDEZ RIVERO.
VIII. JOSE GARCIA NIETO.
IX. RAFAEL MORALES.
X. JESUS DOMINGO GARCIA
XI. CLAUDIO RODRIGUEZ.
XII. JOAN GRAELLS PRAT.
XIII. ANTONIO PEREIRA.
XIV. ANGEL APARICIO LAURENCIO.
XV. GUMERSINDO FERNANDEZ C.
XVI. ANTONIO DEL CAMINO.
XVII. RAMON ZORRILLA.
XVIII. RAFAEL SOTO VERGES.
XIX. MARIA CHIROUZE.
XX. PABLO TARRERO RIVERO.
XXI. JOSE GABALDON LOPEZ.
XXII. JUAN J. SANCHEZ ONDAL.
XXIII. FRANCISCO JAVIER PEREZ BAZO.

*Ejemplar*

XXIV. FERNAN QUIROS.
XXV. FLORENTINO PEREZ-EMBID.
XXVI. FERNANDO SERRANO SERRANO.
XXVII. RAUL CARBONELL.
XXVIII. BENITO PEREZ.
XXIX. JOSE MANUEL GONZALEZ PARAMO.
XXX. RAFAEL GARCIA GARCIA.
XXXI. FEDERICO GALLEGO RIPOLL.
XXXII. LUIS ACEBRON SANCHEZ-FORTUN.
XXXIII. PALOMA MATE CABAÑAS.
XXXIV. JOSE LUIS GONZALEZ BROTONS.
XXXV. ANGEL GARCIA LOPEZ.
XXXVI. FEDERICO SOPEÑA.
XXXVII. ALFONSO LOPEZ GRADOLI.
XXXVIII. ALFONSO CARREÑO.
XXXIX. JOSE LUIS V. FERRIS.
XL. DIONISIA GARCIA.
XLI. JULIO RUBIALES CAMPOS.
XLII. CARLOS J. BELTRAN.
XLIII. EDUARDO FRAILE VALLES.
XLIV. JOSE MARIA DESANTES GUANTER.
XLV. ELOISA ESCAURIAZA AREILZA.
XLVI. ARTURO ORTEGO.
XLVII. JOSE LUIS ROZAS.
XLVIII. LUIS JIMENEZ MARTOS.
XLIX. MIGUEL GALANES.
L. ALFREDO ARNAIZ GARCIA.

Los ejemplares de honor de ADONAIS, que van numerados e impresos en papel offset especial, llevan el nombre del suscriptor y una dedicatoria autógrafa del poeta.

Esta suscripción queda limitada a cincuenta ejemplares.

ESTA PRIMERA EDICION DE «MIRANDO AL OTRO ALLI», DE MANUEL ALONSO ALCALDE, VOLUMEN 455 DE LA COLECCION «ADONIAS», PUBLICADA POR EDICIONES RIALP, S. A., SEBASTIAN ELCANO, 30, 28012 MADRID, SE ACABO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE INDUSTRIAS GRAFICAS ESPAÑA, S. L., COMANDANTE ZORITA, 48, MADRID, EL DIA 29 DE SEPTIEMBRE DE 1988.

# ADONAIS

## COLECCION DE POESIA

---

*Director: LUIS JIMENEZ MARTOS*

*ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS:*

437.—Pedro Miguel Lamet: GENESIS DE LA TERNURA.

438.—Jesús Cueva: LAS PALABRAS DE UN JOVEN INDOLENTE.

439.—Juan María Calles: SILENCIO CELESTE. (Premio «Adonais» de 1986.)

440.—José Luis Puerto: UN JARDIN AL OLVIDO. (Accésit del Premio «Adonais» de 1986.)

441. — María del Valle Rubio Monge: DERROTA DE UNA REFLEXION. (Premio «Florentino Pérez-Embid» de 1986.)

442.—Pedro A. González Moreno: PENTAGRAMA PARA ESCRIBIR SILENCIOS. (Accésit del Premio «Adonais» de 1986.)

443.—Juan Bárbara: LA ALEGRIA, EN SINGULAR, SE ESCOGE.

444.—Rafael Guillén: MIS AMADOS ODRES VIEJOS.

445.—Antonio Rodríguez Jiménez: CIUDAD DE LUNAS MUERTAS.

446.—Acacia Uceta: ARBOL DE AGUA.

447.—Amador Palacios: LA CUSPIDE Y LA SIMA.

448.—César Aller: MADRE MUJER.

449.—Francisco Serradilla: EL BOSQUE INSOBORNABLE (Premio «Adonais» de 1987).

450.—Rosana Acquaroni: DEL MAR BAJO LOS PUENTES. (Accésit del Premio «Adonais» de 1987.)

451.—María Luisa Mora Alameda: ESTE LARGO VIAJE HACIA LA LLUVIA. (Accésit del Premio «Adonais» de 1987.)

452.—Carmina Casala: LAVA DE LABIOS. (Accésit del Premio «Adonais» de 1987.)

453.—Joaquín Sánchez Vallés: LA INVISIBLE MEMORIA DEL INVIERNO. (Premio «Florentino Pérez-Embid» de 1987.)

454.—José Luis Trisán: VANILOQUIOS.

455. — Manuel Alonso Alcalde: MIRANDO AL OTRO ALLI.

---

Las obras que han obtenido el Premio «Adonais» aparecen numeradas en negrita.

*1983) analiza la plural y magnífica trayectoria de un escritor cuyo nombre figura en antologías, libros de texto y tesis universitarias y en las revistas y periódicos de España e Hispanoamérica.*

*En cualquiera de los géneros abordados por Alonso Alcalde, es patente su intención de escribir para el hombre, con absoluta transparencia, aportando su testimonio personal y el que se desprende del mundo en torno. Le es ajeno, pues, el hermetismo. Esta tendencia, de c o n t i n u o mantenida, es la que vuelve a manifestarse en MIRANDO AL OTRO ALLI a través de una profunda encarnadura cristiana, desde hace veinte años clave de su poesía. El arranque de este poemario expresa la revelación de esa verdad que, en seguida, se proyecta sobre el conjunto humano de aquí y ahora, a la sombra del mensaje de las Bienaventuranzas. El dominio formal, clásico o en verso libre, es cauce inundado por una viva y solidaria emoción dirigida al prójimo doliente y, en definitiva, a una realidad en la que el amor falta. Este es el despliegue y el sentido de una obra con la que Alonso Alcalde reafirma y redondea, desde su madurez vital y poética, una actitud siempre válida porque corresponde a una visión permanente: la que él llama del* Cristo cotidiano.